

Una venda violeta

Tengo una venda violeta
que cubre mis ojos azules.
Vislumbro entre sus rendijas
algo de lo que pasa fuera
cuando vuelves a desvestirme
y siento que el no ya no vale.
Tengo una venda violeta
que no solo ata mi mirada
sino también mis pensamientos.
Estás en ellos, como un narrador
presente aun en la ausencia:
no salgas así vestida,
ellos solo nos tienen envidia,
nunca le he caído bien a tus padres,
para qué quieres trabajar.
Tengo una venda violeta,
que me tapa los oídos
y ya no me escucho.
No sé quién fui,
ni en la habitación de paredes rosas
en la que crecí, soñando ser
artista de algún museo
y no esta pieza tuya
aquí encerrada.
Ni entre los brazos de una madre
que me cantaba por las noches
y de la que no recuerdo la voz
porque ya no llama.
Tengo una venda violeta,
del mismo color que las señales
de un golpe atravesado,
de una contestación que quizás
no debí dar, porque me quieres,
porque esto es amor ¿no?
Tengo una venda violeta,
semejante a tus manos,
que incluso se anuda
alrededor de mi cuello
y aprieta, y aprieta
y me deja sin respiración,

pero no sin voz,
porque hace tiempo
que ya no sé hablar.

El grito quedó anudado
allí fuera con el miedo.
Soy un goteo,
de alguna chispa de víscera
pues ya no siento,
no padezco.
Solo llévame,
adonde sea que acabe,
en alguna tierra no plantada,
en alguna sombra no descubierta,
porque ya no sé ver,
que no me creo más que esta venda violeta.

Pum, pum, pum, pum.

Tengo una venda violeta
que ensombrece mi pensamiento
pues la veo aquí riendo
sombra de tu risa,
pero tiene mi mirada
la de antes.
¿Oyes su latir?
Aún libre, aún fuerte.
Y te acercas, venda violeta,
te acercas a ella,
escondida en sus palabras.

Alejate, ¡alejate!
Déjala ser.

Tenía una venda violeta,
que dejó lagunas del pasado,
en esta mente confundida,
que observa deslices de luz,
gracias a esas manos
sangre de mi sangre,
que desnudaron las venas apretadas
de esa venda mal tejida,

esa venda,
que convertimos en escudo,
por ella, por mí, por nosotras.